

La opinión propia

por Alejandro Méndez Casariego

Tengo la impresión de que en el ambiente cultural hay una gran debilidad ante el efecto seductor de las palabras. Sobre todo de las palabras ajenas, aquellas dichas por quienes tienen un territorio bien o mal conquistado en el área de que se trate. Muchos adoptamos frases, citas, conceptos y estructuras de pensamiento enteras para defender nuestra posición: usamos lo dicho por otros, especialmente si aquellos otros se han ganado –o en algunos casos han logrado sin merecerlo– cierto prestigio. De ese modo, nuestro argumento estará literalmente abonado por el pensamiento de otros. Mi hipótesis contará a su favor con el argumento de quien ostenta una cocarda de la que yo carezco. Todo sea por convencer, o por lo menos demostrar, que estoy bien informado y abrevio en las mejores fuentes.

En las citas elegidas para apuntalar nuestro punto de vista a veces es bastante ostensible la similitud más aparente que esencial entre la idea que intentaba expresar aquella fuente y el postulado que procuramos demostrar. En el tratamiento de la palabra para la elaboración de teorías, ciertas frases parecen estar afirmando algo con indiscutible claridad y contundencia, pero si somos capaces de trascender la fascinación ante la frase misma y continuar leyendo, nos percatamos de que el resto del texto condiciona, limita, debilita o incluso refuta esa sentencia original. Nos damos cuenta de que el peso de una frase está dado, en parte, por la posición relativa de esta en el conjunto de la ponencia. No es lo mismo rescatar cierta afirmación –y permítaseme no usar esa “terminología innovadora” que, junto a las citas y frases, componen la artillería mayor de muchos argumentadores de esta época, en la que el simple uso de ciertos vocablos parece otorgar una especie de escudo de irrefutabilidad–, no es lo mismo, decía, que esa frase haya sido desgajada de algún sitio más o menos marginal del escrito de origen o que, en cambio, constituya el nudo central del tema allí tratado. Lo que se escribe en los márgenes puede ser simplemente un punto de referencia, un elemento ilustrativo que resulta riesgoso tomar como tema central. Por otra parte, las frases, las citas, los refranes por lo general suelen implicar una certeza limitante, censora, particularmente las frases encabezadas por términos como “siempre”, “todo”, “nunca” o “nada”. Estas palabras muestran un aspecto de la cosa, una mirada parcial del hecho o fenómeno, excluyendo lo demás. Y en “lo demás”, en los aspectos no abarcados por esa frase asertiva, están muchas veces los indicios de una realidad mucho más completa, compleja y contradictoria.

Se me ocurre que hay más pereza, a veces, en aquel que despliega muchísima energía en abastecerse de información y argumentos de distintas fuentes y hace un esforzado trabajo de compilado y clasificación de opiniones ajenas satisfactoriamente convergentes hacia un punto de vista definido de antemano, que en aquel que se anima al aparentemente más simple recurso de hurgar con honestidad en su propio pensamiento, con un método riguroso, que no

haga concesiones a las presiones externas, que simplemente trate de ordenar el punto de vista de su propia experiencia, el conocimiento adquirido y una investigación que no se sustente en conclusiones a priori y que, por el contrario, eventualmente corra el riesgo de tener que asumir el error, dar marcha atrás, contradecirse. Este esfuerzo es mayor pero más efectivo, pone en tensión las propias convicciones y nos expone personalmente a la falla, sin chivos expiatorios ni transferencia de responsabilidades. Esto que pongo a su consideración es una conclusión propia, es fruto de la observación de mi pensamiento. En los casos en los que recorro a puntos de vista ajenos, no lo hago con la intención de utilizarlos como arietes para tumbar opiniones ajenas, sino para enriquecer mi conocimiento general o para ilustrar algún punto en particular.

Por otra parte, en el proceso de citado, en el copiado y pegado de una opinión de “refuerzo”, inevitablemente habrá un porcentaje de “sustitución”, quizás una buena parte de la frase se referirá a otro hecho, en otro contexto y desde otro punto de vista. Cuanto mayor sea la cantidad o el volumen de la cita adjuntada, mayor será el riesgo de que esto ocurra. El resultado probable es que una parte importante de la argumentación ya no nos pertenezca y, por lo tanto, lejos de fortalecer, termina por hacer más frágil y endeble nuestra argumentación.

Creo que hay que animarse a decir lo propio, aunque esto nos deje en la más absoluta soledad. Vencer la tentación de instalarse en la comodidad de la opinión ajena, de la “pertenencia”, al amparo de lo que el grupo, el gurú o el referente resuelve por nosotros. Sería bueno que dejáramos de llenar los espacios vacíos en formularios preimpresos, en los que solo falta completar los datos personales y la firma al pie; sería saludable y refrescante que dejáramos de adscribir, suscribir y refrendar, que seamos más exigentes en el entusiasmo de nuestras admiraciones, que seamos capaces de cuestionar la obra y el pensamiento de quien sea, por más pergaminos que ponga sobre la mesa. Este es mi punto de vista, deberíamos decir, aunque nadie más haya opinado, opine o vaya a opinar en el futuro como yo.

Libros publicados

“El elefante de Cartón” Ediciones Patagonia, 2003

“Los réprobos” Ediciones Patagonia, 2007

“Los Dioses del Hogar”, editorial Deacá, 2015

“Pielas rojas”, Deacá 2017

“La Mujer del Samurai”

“La gran Nilson” 2019.